

---

# Editorial

---

**E**stamos en guerra. El sol brilla, los niños ríen, se lava la ropa, los carros circulan, la contaminación es la misma, trabajamos, comemos, dormimos. La vida parece la misma, la vida sigue igual y, sin embargo, estamos en guerra. Una guerra que parece muy lejana pero que puede acabar por destruir el mundo entero.

Durante meses se tuvo la esperanza de que el conflicto del Golfo Pérsico se pudiera arreglar por la vía de la diplomacia; que ambos lados cedieran un poco para evitar la que puede ser la última de las guerras; no porque los países dejaran de ser belicosos, no por un nuevo espíritu pacifista, sino porque ya no quedarían países ni seres humanos para guerrear.

En todo el mundo las personas concientes se han manifestado en contra de la guerra. Ha habido grandes concentraciones para protestar contra el uso de las armas y para pedir la paz. Por desgracia el mundo no está en manos de las personas concientes sino de un puñado de hombres a quienes importan más las consideraciones de poder y económicas que la salvación misma del planeta.

Nos sabemos inermes, impotentes ante las decisiones de los poderosos. Pero también sabemos que no podemos guardar silencio, que debemos luchar por la paz como un derecho humano inalienable, que tendremos que seguir exigiendo el respeto a la vida humana y a la vida del planeta, porque no es de ellos, es nuestro. 